





EL NIÑO QUE QUISO  
SER LLUVIA



Blanca Poza Esperón

EL NIÑO QUE QUISO  
SER LLUVIA



Primera edición: marzo de 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Blanca Poza Esperón

© Diseño de portada: Sara Vicente Trigueros

ISBN: 978-84-19748-26-3

ISBN digital: 978-84-19748-27-0

Depósito legal: M-8469-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A mi familia y mis amigos.  
Porque habéis estado junto a mí en los malos momentos,  
quiero compartir con vosotros todo lo bueno.  
¡Siempre juntos!*





## **Why Worry**

DIRE STRAITS

Baby I see this world has made you sad  
some people can be bad  
the things they do, the things they say  
but baby I'll wipe away those bitter tears  
I'll chase away those restless fears  
that turn your blue skies into grey

Cariño, veo que este mundo te ha puesto triste  
algunas personas pueden ser malas  
las cosas que hacen, las cosas que dicen  
pero cariño, limpiaré esas lágrimas amargas  
ahuyentaré esos miedos inquietos  
que convierten tus cielos azules en grises.



Aparca su coche en el estacionamiento privado de la residencia, pero aún permanece unos minutos sentado en su interior. Del equipo de sonido se escapa la voz de Mark Knopfler inundando el espacio y su corazón, con esa canción que tanto le emociona. Con los dedos tamborilea el volante siguiendo la melodía hasta que esta llega a su final, solo entonces, y tras exhalar un profundo suspiro, decide apagar el motor y salir al exterior donde le recibe una bofetada de aire caliente y espeso.

Antes de cerrar la puerta, coge del asiento del copiloto su maletín.

Camina con la cadencia del que sabe que tiene que avanzar pero que a su vez tiene razones para quedarse quieto, arrastrando sus pies por el sendero de grava bordeado de parterres repletos de geranios, petunias, adelfas... El colorido de las flores que le rodean en el amplio jardín, acompaña al aspecto exterior del edificio de reciente construcción y atractivo a la mirada de los que lo visitan, incluso su nombre habla de alegría, esperanza y paz: *BellaVida*. Sin duda Lola no se había equivocado cuando se la recomendó. Es una residencia de gestión privada y, aunque su precio es un poco elevado, no puede negar que está acorde con los servicios que se prestan en cuanto a calidad, confort y bienestar de los residentes; aunque él, cada vez que viene, no puede evitar tener la sensación

de sentir que es un lugar frío y gris, lleno de soledades, tristezas y muertes.

El edificio tiene en la planta baja unas grandes cristalerías y amplias ventanas en el piso de arriba, en donde están situados los dormitorios. Grandes ventanas para invitar al sol a que entre en invierno a calentar los fríos huesos de sus habitantes. Grandes ventanas para que la luz se cuele, como una invitada bien recibida, para que alumbre los ojos viejos de vista cansada, ojos gastados que solo saben mirar al pasado. Ojos sin futuro.

Al pasar bajo la sombra que le ofrecen las ramas de un robusto olmo, se detiene un momento y respira profundamente mientras maldice por el calor que está haciendo en este mes de julio, especialmente esta tarde que el ambiente está cargado con ese bochorno previo a una tormenta que amenaza aproximándose, haciendo aún más espeso el calor. Cierra los ojos e intenta que su corazón se tranquilice. Sabe que ya no hay vuelta atrás. Después de haber hablado esta mañana con Carlos y Miguel, necesita ver a su madre, mirarla a los ojos e intentar ver en ellos una chispa, un temblor, un matiz que le confirme que lo que dicen las palabras escritas en ese cuaderno que lleva en su maletín, sea cierto. Ese cuaderno que hace que el maletín pese como una losa. No, no es el cuaderno, son las palabras que en él se han escrito, esas letras que tanto dicen, que tanto duelen, que tanto ha temido siempre y que, ahora, impresas sobre la blanca inocencia del papel, le confirman esa verdad que tantas veces ha sentido y que tanto ha temido. Esas palabras pesan tanto que agarrotan sus dedos alrededor del mango del maletín que se convierte en un lastre que le fuerza a caminar lentamente.

Cuando por fin entra en el hall de la residencia se siente aliviado al percibir el cambio de temperatura, «es lo menos

que debe tener, con lo que pago por ella», piensa. Aunque su cuerpo agradece el fresco que le proporciona el aire acondicionado, su olfato le hace sentir aquella desagradable sensación que no puede evitar cada vez que entra allí, el olor a viejo se cuele por sus fosas nasales revolviéndole el estómago. Le molesta el olor de los viejos, siempre le ha repugnado ese olor agrio a orín y sudor, preludio, tal vez, del olor a muerte. Al contrario que la agradable sensación que le causa el olor de un libro viejo, de un viejo vino, de un queso viejo o del cuero envejecido; el olor a viejo, a hombre viejo, le desagrada hasta la náusea. Tiene que reconocer que en todas las instalaciones de la residencia la limpieza es exhaustiva y pulcra hasta el extremo y todo está perfectamente higienizado, seguramente es solo su subconsciente el que le hace percibir ese olor; tal vez sean sus recuerdos, tal vez su memoria hace llegar hasta su cerebro el olor de aquel viejo, de aquel puto viejo del que no quiere ni acordarse. ¡Puto viejo cabrón!

Detrás del mostrador de recepción le recibe la agradable sonrisa y la dulce y cariñosa voz de la joven encargada en esos momentos de controlar las entradas y las salidas del recinto.

—Buenas tardes —saluda intentando ser cortés, aunque no lo consigue del todo porque aún no le es posible desprenderse de toda la amargura que lleva arrastrando durante tantos años—. Vengo a ver a mi madre, doña Pura Pérez Castro —dice, mientras cree percibir una leve mueca de desagrado en la mirada de la recepcionista. De nuevo, alterado sin duda por tantos recuerdos recientemente removidos, le juega una mala pasada su obsesión con su fealdad creyendo ver en los demás una mirada de asco, de desprecio... ¡Qué feo eres, jodio...! Le decían siempre...

—Hola, buenas tardes —responde la joven—. Ahora mismo intento localizar a su madre, aunque imagino que estará

aún en su habitación, debe estar a punto de bajar al comedor para merendar.

Mira instintivamente su reloj de pulsera, recuerda que efectivamente quedan apenas diez minutos para la hora de la merienda según lo establecido en el programa que le habían dado cuando ingresó su madre, en el que están reflejados los horarios del centro para las asistencias y actividades de los residentes.

—Puedo esperar aquí, no se preocupe, señorita —intenta volver al tono amable y comprensivo que normalmente le caracteriza.

—Es un placer —contesta la joven con esa sonrisa que, de tanto repetirla, parece ensayada, mientras coge el auricular del teléfono que tiene sobre el mostrador y marca un número de cuatro dígitos, que Vicente supone será la extensión del terminal de la habitación de su madre—. ¿Doña Pura...?

No puede evitar seguir pensando que la chica le observa de reojo, como tampoco puede evitar contemplar su rostro reflejado en el amplio espejo situado en el hall, un rostro que a él mismo le causa asco y desprecio. ¡Qué feo eres, jodío!, decía el puto viejo cabrón. ¡Qué feo eres, jodío!, decía su padre cuando se emborrachaba. ¡Qué feo eres!, gritaban los otros niños con aquella cancioncilla que inventaron para él.

*«En el nombre de Dios: amén. Entre las muchas cosas extrañas y maravillosas que hizo Dios Nuestro Señor, hay una que llama más la atención, como lo es el hecho de que, existiendo tantas personas en el mundo, ninguna sea idéntica a otra en los rasgos de la cara, a pesar de que todos tengamos en ella los mismos elementos».*

Cuando hacía tiempo había leído ese párrafo que el Arcebispo de Hita había escrito en el prólogo de *El Conde Lucanor*, Vicente había sentido rabia y dolor pensando por qué

a él le había tocado esa cara, ese rostro... Ese puto rostro deforme...

—¿Doña Pura...? —repite la joven—. Soy Mari Carmen, no, no soy su sobrina no, doña Pura. Soy la chica de la recepción. Ja, ja... qué graciosa. No, no se preocupe. Solamente quería decirle que su hijo ha venido a verla... Pues... no sé... no me ha dicho su nombre. Un momento... Disculpe... —dice la joven dirigiéndose a él—. Me pregunta su madre si usted es Carlos.

—Vicente —dice, mientras piensa, «otra vez Carlos, siempre Carlos... Carlos...». Aunque ahora ya no importa. Ahora ya cobra sentido que para su madre esté siempre primero Carlos—. Vicente, soy Vicente... —repite bajito como un mantra purificador.

—Sí, Doña Pura, es Vicente... No, no es Carlos, es Vicente... No, no se preocupe, seguro que a Carlos no le pasa nada... ¿Le digo que suba a su habitación o prefiere bajar usted al comedor a merendar...? De acuerdo, y por la merienda no se preocupe, ahora mismo le digo a la encargada del comedor que le suban la merienda a su habitación —cuelga el auricular al tiempo que se vuelve hacia él—. Dice que prefiere que suba usted.

—Ya, ya... no se preocupe.

—Ya sabe, primera planta, habitación ciento cator...

—Ya, ya, ya sé... la 114 —la interrumpe acuciado por la impaciencia

—Ahora mismo le digo a la encargada del comedor que le suban la merienda a Doña Pura. ¿Quiere usted que también le suban un café, o cualquier otra cosa?

—Bien, de acuerdo... un café estaría bien —se aleja hacia las escaleras. pero intenta subsanar su falta de empatía y da

media vuelta dirigiéndose de nuevo a la recepcionista—. Con hielo —dice tímidamente intentando sonreír.

—¿Disculpe...? —pregunta sorprendida la chica que ya no esperaba su regreso y ha vuelto a distraerse ojeando una revista que tiene medio escondida bajo el mostrador.

—¿Qué si el café puede ser con hielo? Por favor... —añade tímidamente.

—Claro..., por supuesto.

Cuando llega ante la puerta de la habitación en que su madre está alojada, no puede evitar que sus manos tiemblen cuando aprisiona la manilla del picaporte para abrirla lentamente. Ni siquiera se molesta en llamar y se limita a entrar procurando no hacer ruido, como si quisiera colarse y pasar desapercibido como un fantasma.

Su mano derecha continúa agarrotada sujetando con fuerza el maletín. No puede borrar de sus pensamientos esas palabras. Una vez en el interior de la habitación, cierra la puerta tras de sí. El corazón se desboca sin control y las lágrimas se deslizan suavemente por sus mejillas. Allí está ella. Ahora sabe que no hay vuelta atrás, que todas las preguntas tienen respuesta y que a veces, el dolor de la verdad es necesario para curar el dolor de la injusticia.



*Niño sueña en blanco. Le gustaría soñar en color y en risas, pero Niño es un niño diferente. Niño se sube a la colina de sus sueños y desde allí contempla el paisaje: las flores bonitas, los árboles hinchados de hojas verdes, el campo que ríe en hierba fresca, el arroyo que se escapa en agua traviesa de azul de estrella, los conejos, las perdices y hasta una culebra que se arrastra por el suelo. Las culebras son feas, repugnantes, por eso nadie las quiere y nadie quiere jugar con ellas, como nadie quiere jugar con él. Las culebras no caminan, se arrastran, pero cuando se mueven bailan, se contonean, por eso dejan un reguero que se bambolea de un lado a otro del camino. Pero Niño no sabe bailar al andar. Desde la colina de sus sueños ve a todos los otros niños que juegan, ríen y sueñan en color. Pero Niño no puede ir a jugar con ellos. Tiene las manos sucias. Tiene la cara, los pies, la ropa y todo él, sucios. Se manchó con el barro de la soledad, del rechazo. Niño es diferente, y él lo sabe. Y llora. Pero solo a solas, cuando nadie le ve. Y llora. Pero solo un poquito. Por eso Niño sube a su colina, a ver el campo, los árboles, la hierba, los animales y hasta a esa culebra que se arrastra hacia él, que le rodea y se burla de él porque no sabe bailar. Pero Niño no se mueve porque está sucio. Le aprisiona la suciedad de la fealdad. Y entonces llueve. Una a una, cada gota le va cubriendo, le envuelve en lluvia fresca y limpia que se desliza por él, por su cabeza, por sus mejillas, escondiendo sus lágrimas; baja por sus brazos, su cuerpo, sus piernas, sus pies... Niño ríe cuando Lluvia se va y el sol sale iluminando todo en colores bonitos.*

*Lluvia se ha llevado con ella toda la suciedad que le envolvía, que le ocultaba y le ahogaba, porque Lluvia es un Hada buena que ha venido a acariciarle, a besarle, como nadie nunca lo hace; ni siquiera Madre, y por un momento, Niño sueña en color.*

Unos meses antes

A pesar de que estaba lloviendo, prefirió ir caminando hasta el restaurante, en realidad no estaba muy lejos, solo a dos manzanas de su bufete, y Vicente necesitaba despejarse después del día tan intenso que había tenido en el trabajo. Este último juicio le había agotado tanto física, como psicológicamente. Normalmente tenía la norma de no involucrarse emocionalmente, pero el caso que acababa de defender le había conmocionado y había sobrepasado esa línea que él mismo trazaba, no porque los hechos fueran más impactantes que otros que había llevado con anterioridad, ya que en su carrera profesional se había visto obligado a ver de todo, sino por los recuerdos que le habían removido hasta el dolor.

Cuando entró en el restaurante se quitó la gabardina que llevaba puesta encima del traje y sacudió levemente las gotas de lluvia antes de que un asistente de sala la recogiera para llevarla al guardarropa. Nunca usaba paraguas. Nunca le habían gustado. Siempre había preferido sentir la lluvia, dejarse acariciar por las gotas. De pequeño su madre siempre le reñía porque se escapaba a caminar por las calles cuando se ponía a llover; la pobre mujer no entendía por qué a Vicente le hacía feliz empaparse, y protestaba y le reñía cuando tenía que

cambiarle de ropa y secarle junto a la chimenea. «El próximo día que te mojes, te voy a dar una zurra en el culo que te vas a enterar...». Y Vicente se reía porque sabía que su madre, igual que no era cariñosa y no le abrazara y le besara tanto como a él le gustaría, tampoco cumpliría el castigo. Y él sonreía mientras la oía protestar sabiendo que cuando volviera a llover, volvería a salir a la calle otra vez, solo para mojarse...

Ahora continuaba con esa costumbre de caminar bajo la lluvia. Aunque ya no buscaba esas salidas, tampoco las evitaba si coincidía que justo llovía cuando tenía que salir a la calle; seguía disfrutando sobre todo cuando iba a diario practicar running por el parque o los fines de semana por la sierra, y el día amanecía lluvioso; dejaba que el agua le empapara calándole hasta los huesos. Es cierto que ya no creía en cuentos de aguas purificadoras. Hacía tiempo que ya no creía en nada. Aunque quizá, después de todo, seguía confiando en ese Hada de la Lluvia que vendría a limpiarle y por qué no, a cambiar su aspecto.

Aún era pronto para el servicio de la cena y la sala estaba casi vacía, solo una pareja ocupaba una mesa ubicada en un rincón. El asistente de sala le ofreció una mesa situada en el centro del comedor, pero Vicente prefirió sentarse junto a la ventana desde donde podría contemplar el exterior y a los viandantes. Ya era demasiado triste tener que acudir solo a cenar como para, además, verse obligado a contemplar los arrumacos y carantoñas que se estaban prodigando los, sin duda, enamorados tortolitos que ocupaban aquella mesa; por eso prefirió sentarse en la silla desde la que justo les daba la espalda. Contempló con tristeza las tres sillas vacías que rodeaban su mesa, ¿por qué los restaurantes siempre esperan que vengan cuatro o más personas juntas a ocupar una mesa,

o como mínimo, dos? ¿Sería menos doloroso sentarse en una mesa en la que le esperara una sola silla? Sería buena idea que hubiese mesas esperando con una sola silla. Mesas solitarias para comensales solitarios... El camarero le ofreció la carta y retiró los tres servicios sobrantes de la mesa. Vicente pidió una cerveza mientras le preparaban la sopa, el solomillo a la plancha con ensalada y la fruta que pidió para cenar; ni siquiera le había hecho falta consultar la carta para elegir los platos. Como cliente habitual que era del restaurante ya se los conocía de sobra y a no ser que tuviera que comer con algún cliente, circunstancia en las que tomaba platos más elaborados, en su soledad, se decantaba por platos sencillos y por la cocina casera que tanto añoraba, como esa sopa de verduras que había pedido de primero.

Detrás de la ventana la gente se esforzaba en refugiarse de aquella lluvia otoñal bajo la frágil protección de los paraguas, o acelerando el paso y buscando refugio bajo los soportales y las balconadas.

Comenzaba a anochecer y la calle, a pesar de la lluvia, estaba llena de gente. Se notaba en el ambiente que era viernes y que al día siguiente muchos no tendrían que madrugar para ir a trabajar. Grupos de adolescentes caminaban esquivando la lluvia entre risas y bromas. Frente a la ventana del restaurante paró un taxi del que descendieron una pareja de ancianos. Nada más bajarse, él se apresuró a abrir un paraguas y tendió su mano para ayudarla a ella a salir del vehículo y protegerla de la lluvia, como una escena idílica de una vieja película americana rodada en blanco y negro, la ternura con la que el viejo protegió a la que, imaginó, sería su pareja de toda la vida, le apretó aún más el corazón con el lazo invisible de la soledad. Estaba seguro de que él nunca sería protagonista de

una escena como aquella, que él nunca tendría a su lado una mujer a quien poder ayudar para evitar que tropiece y caiga, una mujer a quien proteger de la lluvia para que no se moje. La visión, por el efecto del cambio de enfoque al querer dejar de observar la escena, le jugó una mala pasada, por unos segundos dejó de ver el exterior y lo único que contempló fue su rostro reflejado en el cristal de la ventana; sintió deseos de coger una de esas tristes sillas vacías y lanzarla contra el vidrio y romperlo en mil pedazos para deshacerse de aquella imagen. Evidentemente no lo hizo. Sabía que por mucho que destruyera la ventana, con eso su rostro no cambiaría.

Sí, lo sabía, y cuánto más lo reconocía, más dolía. Él siempre había sido el feo, el roto, el malhecho, el desperdicio, la inmundicia, el desecho... Nadie quería estar a su lado. En sus cuarenta y cinco años, nunca había podido sentir una mano que le acariciara con ternura, sí con lástima, pero no con amor, excepto la de su madre, cosa que a veces incluso dudaba, porque nunca fueron tantas las muestras de cariño, como él hubiese querido y necesitado. Esas muestras de amor maternal no cuentan para el corazón, para el alma sí..., pero para el corazón de Vicente no bastaban, las muestras de amor de su madre siempre fueron escasas y su valor se difuminaba por la lógica de ser caricias aplicadas desde ese amor incondicional que solo las madres saben ofrecer, el amor que no entiende de errores, ni de frustraciones, no sabe de olvidos, de desprecios, que ignora fealdades y defectos. Al amor maternal lo ciegan los ojos del corazón, porque un hijo no es más que la prolongación de ella misma, «*carne de mi carne y sangre de mi sangre...*», la naturaleza proyecta toda su fuerza para prolongarse en el ser que un día engendró. Así de sencillo: de repente un día se da cuenta de que ya no es ella sola, que hay otro ser que habita

en su interior. Ni siquiera puede percibirle físicamente pero ya lo siente. La primera vez que realmente nota como «algo» se mueve en su vientre impulsado por una vida propia, siente un escalofrío que le recorre desde la punta de los pies a la nuca; miedo y alegría se funden para hacerla estremecer con un sentimiento nuevo, una fuerza inexplicable la posee y la transforma para toda la vida. Aunque Vicente sentía rabia y le costaba reconocer que su madre no había cumplido esos estereotipos, le consolaba pensar que esa falta de afecto y de muestras de cariño, no solo eran con él, sino que se comportaba así de fría con todos los que la rodeaban, como si una barrera invisible le impidiera dejar volar a las alas de sus sentimientos; por eso, él, saboreaba y se deleitaba, aferrándose con fuerza a cada pequeña muestra de afecto que recibía de su madre.

Mientras esperaba a que le sirvieran la cena inició desde su móvil la búsqueda en Google. Llevaba días dudando, pensó que después de todo no tenía nada que perder, sería como lanzar una moneda al aire en la que tanto si salía cara o salía cruz, al final él decidiría cuál era la mejor opción. Recordaba las palabras que esa misma mañana le había dicho Miguel animándole a que se registrara, «a veces es mejor no dejar que el destino decida por tí, tienes que agarrarle de los huevos, apretarle fuerte y ser tú el que haga, precisamente, lo que te sale de los huevos, je, je...». Puede que resultara una filosofía bruta y barata, pero sin duda Miguel tenía razón.

Como un adolescente cuando sabe que está haciendo algo prohibido, sintió una extraña sensación de pícaro rebeldía cuando tecleó: STOPSINGLE. «Tío, si no encuentras a la mujer de tu vida, por lo menos, follar, seguro que follas, je, je...», pero qué bruto puede ser Miguel a veces, con lo serio que es en su trabajo, y sobre todo en los juicios, es increíble

como cuando se viste la toga de abogado se transforma y, sobre todo, cómo cada día, en cada momento, le conoce, le apoya y da sentido a la palabra AMIGO.

—¿De qué se trata esta vez?

—Más de lo mismo.

—¡Ja! —Vicente ya sabía a qué se refería Miguel cuando decía: más de lo mismo—. Venga, suelta los detalles.

—Caso de la Comunidad contra Fulanito, bla, bla, bla..., arrestado el X de X de X, por propinarle, supuestamente, una paliza a su mujer que esta vez la llevó a la UCI. Sin denuncias previas. El hijo de ambos, X, de diez años de edad, testigo de los hechos pasa a la tutela de los Servicios Sociales de la Comunidad, tras ser encontrado el día de autos escondido en un armario en estado de shock y ante las sospechas de los agentes y el personal sanitario que le atendieron en primera instancia, fue trasladado al hospital donde en el examen médico realizado se detectan en el menor, signos de abusos sexuales por parte del padre, incluida penetración anal. El informe psicológico corrobora los informes médicos. El detenido, padre de la criatura, niega las acusaciones. La madre, cuando por fin puede comunicarse verbalmente, después de setenta y dos horas en coma inducido debido a esa última paliza, también niega los hechos. Argumenta desconocer todo lo expuesto por las autoridades, aunque el informe psicológico al que también ella es sometida, revela indicios de que no dice la verdad y que ella conocía los hechos por lo que acaba confesando que sí conocía los hechos y también se le acusa por complicidad, aunque le exime de los cargos ser a su vez, víctima de abusos y maltrato por parte del acusado.

—¿Y el niño?

—Ya sabes que esas pobres criaturas nunca reconocen la monstruosidad a la que han sido sometidas y sigue negando los hechos.

—No. Digo que qué tal está.

—¿Físicamente...? Bien. Desde el día de autos, permanece en régimen de acogida tutelado por la Comunidad en un Centro de Menores —



*Vicente continuó su pregunta con su mirada temblorosa y angustiada—. No te preocupes. Está bien.*

*Está bien..., piensa Vicente. ¡Mentira! ¡No se puede estar bien en esas condiciones y tras esa experiencia traumática! Le imagina asustado, como es inevitable cuando ves cómo tu padre casi mata a tu madre de una paliza; cómo irrumpe la policía en tu casa, alertada por los vecinos y se llevan a tu padre esposado; cómo a tu madre se la llevan los sanitarios inconsciente después de unas duras maniobras de reanimación y, aunque hay una señora muy buena que ha venido con la policía, que te trata con cariño y te dice que no te preocupes, que mamá se va a poner bien, tú no sabes si creer a esa señora tan buena porque estás convencido de que mamá está muerta. Te llevan a un hospital donde te examinan unos médicos que te hacen muchas preguntas sobre papá y lo que te hacía; preguntas que no quieres contestar porque tienes miedo de que tu padre vuelva y te encuentre. Y en ese sitio a donde después te han llevado, en esa casa grande donde viven muchos niños asustados, aunque ya han pasado muchos días, cada noche te despiertan las pesadillas y lloras aterrizado cuando sueñas que tu padre te encuentra y te lleva de nuevo a casa y vuelve a hacerte todas esas cosas, y te pega como pegó a mamá y también te mueres.*

Piensa en Miguel, siempre intentando protegerle, cuidándole. No se imagina su bufete sin Miguel, ni su vida.

STOPSINGLE. Se bajó la aplicación siguiendo las instrucciones de Miguel. La App le dio la bienvenida.

Comenzó a rellenar los datos que le pedía.

Nombre: Vicente.

Edad: 45.

Qué absurdo, pensó, cualquiera puede mentir sobre su verdadera edad cuando nadie te controla, no hay ningún docu-

mento que lo acredite y solo se trata de escribir unas letras en la pantalla de tu móvil.

Continuó introduciendo los datos.

Lugar de residencia: Madrid.

Peso: 55.

Altura: 1,57.

Color de pelo: castaño.

Color de ojos: marrones.

Estado civil: soltero.

Trabajo: abogado.

Aficiones: lectura, running, cine.

Hasta ahí, por su parte, todo era verdad. Y hasta ahí, todo le parecía tan común, inocuo y absurdo, teniendo en cuenta que todo lo que ponía podía no ser real, que no podía evitar dejar de sonreír escépticamente. Aceptó las condiciones del juego, porque para él, no se trataba más que de un juego, o no; tal vez en realidad esperaba que esta plataforma diseñada para unir a personas con dificultades para relacionarse con otras, fuera la oportunidad que hace tiempo estaba esperando para conocer a alguien con quien compartir su vida, alguien a quien poder proteger de la lluvia. Para follar, como esperaba Miguel, ya tenía a las putas a las que contrataba de vez en cuando.

¿Qué buscas en tu nueva relación?

¿Qué busco?, se preguntó a sí mismo. Supongo que lo normal, se contestó y comenzó a escribir:

Amistad.

Una relación seria.

Que sea una persona tranquila y amable.

Que le guste la lectura, el cine, la naturaleza, las cosas sencillas.

Físico: indiferente.

Edad: indiferente.

¿O no? Dudó. Bueno, sí... confirmó: indiferente.

Releyó los datos que había escrito y todo le supo a puro tópico, pero cómo no caer en los tópicos cuando eso es precisamente lo que quería. Podría decir que buscaba a alguien con quien dejar de sentirse solo. Que buscaba a alguien a quien poder dar todo su amor, y que fuera correspondido. Que buscaba a alguien a quien poder refugiarse de la lluvia bajo un paraguas procurando que no pise los charcos para que no se moje. Podría decir que buscaba a alguien que le aceptara como es y que incluso le viera un poco guapo. Solo un poquito.

Continuó, pero al comprobar la siguiente petición de la App, se quedó paralizado.

Insertar fotografía actual.

El objeto es opcional, si bien, al realizar la acción, asume toda responsabilidad de que la imagen insertada corresponde con la veracidad a la imagen actual del suscriptor.

En ese punto se bloqueó. Joder, ¿cómo iba a colgar una fotografía suya? Para empezar, apenas tenía imágenes de sí mismo, siempre huía de los objetivos si en algún momento, obligado por la situación y los compañeros, se había visto forzado a formar parte del grupo que quiere inmortalizar el instante, había buscado el modo de colocarse en el punto más escondido del grupo, desde donde casi no se le viera; malditos móviles con sus supercámaras de «nosecuantos» megapíxeles, siempre dispuestos a plasmar cada instante. Para qué cojones todo el mundo necesita almacenar esa imagen congelada para que se acumule en la galería del móvil o, lo que es peor, compartirla por las redes sociales: Instagram, Twitter, Facebook... Millones de rostros, de seres de todo el planeta se acumulan en ellos, pedazos de vidas, sonrisas, lágrimas... Archivadas eternamente en esa nube virtual... En cada cena de empresa,

en toda celebración o reunión ya fuera por el cumpleaños de alguno de los empleados del bufete, o por haber ganado algún caso difícil, o por el más improvisado motivo, siempre aparecía alguien dispuesto y preparado para atrapar con su móvil ese momento y, aunque él casi siempre encontraba el modo de evadirse, muchas veces no lo conseguía; esas, las fotografías que le enviaban por WhatsApp, las eliminaba inmediatamente. Si evitaba los espejos, más aún odiaba verse plasmado en la pantalla del móvil y lo que realmente le exacerbaba era saber que otros conservarían esas imágenes, que tendrían su rostro sin que él pudiera hacer nada para evitarlo y él, en su paranoia les imaginaba mofándose y riéndose de él. «*Feo, feo, Vicente el feo, Vicente repelente...*». En su despacho colgaba enmarcada la orla de su graduación del final de la carrera, al menos ahí su rostro también estaba camuflado entre el resto de los rostros de sus compañeros de promoción; esa imagen era la misma que figuraba en el organigrama del despacho que también, muy a su pesar, encabezaba la página web del bufete. No era partidario de esa exhibición gratuita, pero Miguel le convenció para hacerlo y, qué demonios, al fin y al cabo, después de todo el sacrificio que le supuso conseguir terminar la carrera, se sentía orgulloso de sí mismo, y eso no era más que un modo de mostrar su valía sin caer en la vanidad.

Esa imagen era la única que conservaba de ese momento, las demás copias que le dieron con un primer o medio plano de su cuerpo, después de la ceremonia de graduación, las partió por la mitad, y luego otra vez por la mitad, y otra vez, y otra vez, hasta transformarlas en diminutos trozos de papel, en un puzle improvisado. Ni siquiera tiró los pedacitos a la papelera, necesitaba destruirlos por completo; en su soledad, sobre el cenicero que no usaba porque no fumaba, pero

que alguien en algún momento le había regalado, prendió los trozos de papel con la cómplice llama de un mechero, que alguien también le había regalado, para que el fuego hiciera desaparecer ese extraño confeti de pedacitos incompletos de bocas, ojos, pelos, orejas, sonrisas forzadas... Pensó que, como el que expone un trofeo, debería haber llevado a sus padres una de las fotografías, la más grande de todas, ellos seguramente habrían comprado un marco y la habrían puesto en el lugar más visible de la casa para que la viera todo aquel que entrara, como sin duda habrían hecho todos sus compañeros de Universidad. Pero no él, no podía dejar que exhibieran su rostro con ese esbozo de sonrisa mal simulada bajo el birrete, por mucho que la toga y la banda le confiriera un aire de orgullo y felicidad. Además, en el fondo tenía miedo, miedo a ir a esa casa y no ver su fotografía colgada en el lugar más visible y que la hubiesen escondido en el fondo de cualquier cajón, al fin y al cabo, su hermano no tenía, ni tendría nunca, una foto de graduado de ninguna Universidad, y no iban a ponerle a él sin poder exhibir también a Carlos.

Continuó con el registro de datos sin insertar ninguna fotografía. Su imagen sería el pasaporte directo al país del fracaso, ¿quién iba a querer tener una cita con él? Nada más ver su cara, inmediatamente le descartarían y seguirían buscando otro candidato para su cita. Pensó que, al saltarse ese paso, la App le rechazaría y no le dejaría registrarse, pero para su sorpresa, pudo continuar sin ningún problema.

¿Confirma la veracidad de los datos? Iba a confirmar la palabra SÍ, pero algo le detuvo. Retrocedió y se situó en la primera palabra que había introducido. Dudó interminables segundos antes de borrar una a una las letras de esa palabra que aprendió en aquella escuela lejana y fría, en aquella niñez fría y

lejana, esa palabra que le nombraba, que hablaba de él, que le enseñó que él era único, que aunque otros se nombraran igual, él era solo él; esa palabra que le hacía regresar a los brazos de su madre cuando esta le llamaba, o que le hacía esconderse y temblar cuando era el monstruo quien la pronunciaba, o que le hacía llorar cuando los otros niños, para burlarse de él, la mencionaban con aquella cantinela que aún a veces sentía en sus oídos torturando su alma... «*Feo, feo, Vicente el feo, Vicente repelente...*».

Eliminó una a una las letras: E T N E C I V. Sería bueno poder hacer lo mismo con la vida, poder retroceder a cada momento e ir borrando una a una todas las cosas que has sido y que no hubieras querido ser; dar marcha atrás suprimiendo todo lo que no quisiéramos que hubiera sucedido.

En el espacio en blanco escribió: C A R L O S. Sería bueno poder escribir en su lugar el nombre de otra persona y ser ella, ser lo que siempre has querido ser: el alto, el rubio, el guapo, el de los ojos azules, el que siempre liga con las chicas, el preferido de padre y madre, el que el monstruo no se atreve a tocar...

Tras beber un primer sorbo de la cerveza que el camarero le había traído comprobó de nuevo todos los datos. Confirmó dando por finalizada su inscripción. Aún no le habían servido el primer plato cuando sintió vibrar su teléfono en el bolsillo de su chaqueta donde lo había guardado. Odiaba que la gente dejara sus teléfonos sobre la mesa cuando estaban en un restaurante o en cualquier otro lugar, más aún si estaban acompañados y no solos, como era su caso. Le extrañó que sonara a esas horas, apenas recibía llamadas a su móvil, sino las relacionadas con el trabajo y a esas horas de un viernes no esperaba ninguna, el juicio había quedado visto para sentencia

pendiente de que el juez dictaminara su veredicto. Las cartas estaban echadas sobre la mesa y solo quedaba esperar a que una vez más la sentencia fuera justa. Aunque seguramente a él, cualquier condena le parecería demasiado benevolente e injusta. Deseaba ardientemente que a ese cabrón le condenaran y pagara con creces la atrocidad a la que había sometido a esa criatura; si por él fuera le cortaba los huevos y hacía que se los tragara entre estertores de dolor... ¡Hijo puta! ¡Cabrón! ¡Hijo puta! ¡Cabrón!

La llamada no podía ser de nadie del bufete a esas horas del viernes, ya que todos estarían disfrutando de su bien merecido descanso de fin de semana, así que pensó que el juego había empezado. Joder, pensó, pues sí que funciona rápida esta aplicación. ¿De veras había una tía esperando conocer a alguien como él? Aunque con la velocidad a la que se movían las redes sociales, no le extrañó y desbloqueó el móvil esperando ver quién querría ponerse en contacto con él, ya que suponía, que primeramente esa persona lo haría a través de algún mensaje.

Cuando comprobó en la pantalla que la llamada procedía de un número de teléfono fijo, que por el prefijo bien podría tratarse de su pueblo, una inquietante alarma se encendió en su interior pues dedujo que no era nadie relacionado con la aplicación de citas.

—¿Diga...? —contestó esperando que, al menos, se tratara de alguna equivocación y no fuera con él con quien querían comunicarse.

—¿Vicente...? ¿Eres Vicente...?

—Sí, ¿quién es? —no había duda de que no se trataba de una equivocación.

—Hola, Vicente. Soy Pascual.

—Ah... Hola, Pascual —por supuesto que le conocía, era el hijo de Teresa y Anastasio, los vecinos de sus padres. Confirmar que esa llamada, a esas horas, procedía de su pueblo, le alertó aún más porque inmediatamente supuso que se trataba de algún problema relacionado con su madre—. ¿Pasa algo?

—Nada, no te preocupes —le contestó tranquilizador desde el otro lado de la línea—, se trata de tu madre.

—¿Mi madre...? — preguntó, confirmando sus peores pronósticos, ya que por mucho que Pascual le dijera que no se preocupara, estaba claro que, si se había puesto en contacto con él, era porque algo grave pasaba—. ¿Qué le pasa a mi madre?